

## Vigesimoprimera Conferencia. 10 de diciembre de 1917.



George Groddeck  
Biblioteca de Psicología Profunda.  
Editorial Paidós. 1983.

He vuelto a recordar algo que me resultó especialmente esclarecedor acerca de la trascendencia de determinadas cosas. Una de mis expresiones más frecuentes es la de que “ya he dicho esto o aquello 26.783 veces”. Presté atención a este número cuando vine a establecerme aquí; fue mi hermana quien me hizo prestarle atención. El número comienza con 26; si sumamos todas sus cifras, tenemos otra vez 26. Mi madre murió cuando yo tenía 26 años; es el acontecimiento más importante de mi vida. Pero este número no es sólo lo que encontramos al comienzo y en el total; si lo descomponemos hallamos asociada cada cifra a un acontecimiento importante de mi vida. Es curioso que haya al comienzo y al final un número de la infancia. No siempre cito este número; también suele ocurrir que invierta el 7 y el 8. Pero casi siempre al comienzo está el 2, y el 3 al final.

Menciono esto porque para la generalidad de los seres humanos la vida está contenida en estos números: 2 y 3. Entre el 2º y el 3º año tiene lugar algo muy decisivo en la vida del individuo; es entonces cuando aparece el sentimiento yoico, cuando el hombre, en lugar de hablar de sí mismo en tercera persona, comienza a utilizar el yo. Es un hecho que ha merecido muy poca atención. El sentimiento de ser un yo es algo completamente excepcional; gracias a él se configura en el individuo humano la peculiar actitud que le lleva a oponerse al mundo. Dicha oposición, dicho alejamiento del mundo, no existe sólo en un momento dado; es algo que se mantiene íntimamente ligado al ser humano durante toda su vida. Lo subrayo porque es importante para volver a considerar con mayor atención que de costumbre ese período que va de los dos a los tres años. Si se quiere lograr cierta comprensión de las enfermedades, de las conexiones entre el inconsciente humano y las enfermedades, siempre deberá atenderse, en cualquier circunstancia, a este período entre los dos y los tres años. No hay que creer que una enfermedad surge a los veinte años; casi siempre pueden rastrearse sus raíces en la primera infancia. Por eso es por lo que tengo que reconsiderar nuevamente los números 2 y 3, aunque ya antes los hubiera catalogado. Pero aún primero querría explicar cómo llegué al problema del significado de los números.

Una peculiaridad de nuestro inconsciente consiste en que, tan pronto como en el nivel subconsciente nos ocupamos de un problema, se produce la designación de un número estrechamente relacionado con ese objeto. Si alguien menciona el número 5, es porque a los cinco años hubo un acontecimiento que fue decisivo con respecto al problema de que se trate; pero hay situaciones en las que la cosa no parece tan clara. Hay individuos que sospechando todo esto, nombran un número elevado del que creen que no podrá deducirse nada. Se ocultan tras los números. Pero cuando aparece un número que parece arbitrariamente escogido, hemos de pensar que, a fin de cuentas, la cifra dada contiene el número exacto. Tal vez sean las primeras dos cifras o las últimas o el total. También aparecen en estos casos, adiciones y sustracciones complicadas, pero seguro que el número está contenido en ellas. Y no sólo se puede conocer de esta manera el año exacto, sino incluso el mes, el día y hasta la hora, el minuto en que se produjo el acontecimiento. Lo curioso es que las personas tal vez han olvidado por completo el acontecimiento que entonces se produjo y éste sólo vuelve a la conciencia en el momento de interrogarlo al respecto. La persona ha decidido apartar de sí un acontecimiento desagradable, olvidarlo; pero en la subconciencia ese acontecimiento sigue viviendo,

con mayor intensidad que cualquier otro, porque el hecho de su represión ha requerido un gran esfuerzo, y por eso han quedado en la memoria el año, el decenio y hasta la posición del sol. Resulta chocante lo resistente que es la memoria. El recuerdo de los hechos resurge. Nombres de personas, una habitación, un aroma vuelven a la memoria, y poco a poco se elabora a partir de estos hechos el acontecimiento primitivo. Este es uno de los recursos técnicos que tenemos que utilizar y que deseo dar a conocer, porque todo esto se me ha ocurrido inesperadamente esta tarde y no querría que quedara la menor duda sobre el problema de los números. Si pedimos a alguien que nos diga un número, podría creerse que el número que nos diga estará en relación con el aniversario de una boda o con la fecha en que nació un niño, o en que murió algún allegado. Pero no suele ocurrir así. El número 26 no remite al duelo por la muerte de mi madre; se trata de circunstancias singulares que movieron a ocuparme de determinados problemas de conciencia, problemas que me atormentaban; por eso es un número que siempre vuelve.

No son los acontecimientos externos aparentemente más importantes los que a menudo se designan en los números; casi siempre son números relacionados con cosas completamente distintas, y la mayoría de las veces se trata de números de la infancia. En el 13, número que también suele citarse con frecuencia, volvemos a encontrar el 3. Con respecto al 13, me gustaría ofrecerles una información que considero interesante. Diversas razones permiten considerar al 13 como un número “de mala suerte”; muchas reflexiones se han escrito acerca de esto. Querría subrayar lo siguiente: 13 es la cifra de la pubertad. Pero no sólo de la pubertad: cuando el ser humano tiene trece años surge el segundo grave conflicto ético, moral, suscitado por el desarrollo. Es el año que trae la carga más pesada, aparte del 3 que está contenido en el número, porque el 3 es aun más gravoso, y el 13 se basa en el 3. Hay otras cosas más que hacen del 13 un número de mala suerte; en primer término, la transgresión de 12. Tres y 13 son los dos años de más pesada carga para el ser humano, a lo cual se agrega un año intermedio: el número 7. Tres, 7 y 13: estos números son los que se nombran con mayor frecuencia, y en este orden. Al principio, en el tratamiento, el 13 pasa a primer plano, luego viene el 7 y finalmente queda el 3. Se nombra al trece en primer lugar porque es el número que toca más de cerca al individuo ya que aun están muy presentes en la conciencia las dificultades de esa edad. Las dificultades del séptimo y del octavo año ya han sido olvidadas. Siete es un número predestinado; es entonces cuando se producen en el ser humano las modificaciones que se vinculan con los conflictos. A los tres años tienen lugar los conflictos más graves, los de consecuencias más importantes tanto para la vida sana como para la vida enferma. Trece es el número de la mala suerte, y 7 es el número maléfico. Siete es también el número de la bruja, también un número de mala suerte pero también maléfico: *die böse Sieben* (7), la mujer de los maleficios, la bruja. En cambio, 3 es el número sagrado, fundado en la reunión del padre, la madre y el hijo, y también por el hecho de que a esta edad se hace presente el sentimiento de la propia personalidad y surgen los cuestionamientos sexuales, particularmente acerca del problema de cómo vienen los niños al mundo. Esto me lleva a la afirmación de que los seres humanos tienen permanentemente que vérselas con embarazos, sea porque se sienten gordos, sea porque detrás de ellos hubo un parto, sea, en fin, porque viven en una situación que les evoca situaciones de embarazo. Ya hablé de esto con respecto a la corpulencia, pero también con respecto al enflaquecimiento. En todo caso, mis afirmaciones al respecto fueron mal recibidas y consiguientemente querría volver a tocar el problema.

Si tomamos a un niño de tres años y queremos saber qué le pasa, debemos tratar de volvernos niños nosotros mismos y pensar de manera infantil, tener la impresión de ser un pequeño que no sabe nada, que intenta adquirir conocimientos y volcado plenamente hacia su ambiente inmediato, porque el resto le interesa poco. También esto es importante: démonos cabal cuenta de que nuestra vida se construye sobre los primeros tres años.

Conservamos para toda la vida las impresiones de esos años, que son los que las determinan. Durante ese período aprendemos a andar y hablar, y en el aprendizaje del habla se basan todos los demás conocimientos. Procuremos representarnos la manera en que un niño de tres años considera el mundo. En general, hay dos cosas que van a asombrarle; en primer lugar, la diferencia entre objetos inanimados y animados, y, dentro ya de los objetos animados, la diferencia entre seres humanos y otros animales, y entre adultos y niños. Estos tres problemas son los que debe el niño enfrentar en primer término.

En todo caso, muy bien podemos imaginarnos cómo descubre el niño que una silla es inanimada y que un ser humano y un perro son seres animados. Se podría suponer que el rasgo diferencial, respecto de lo animado, sería el hecho de moverse, mientras que el hecho de ser movido caracterizaría a lo inanimado; sin duda esto es importante. Pero hay un número muy grande de juguetes que aparentemente se mueven solos, y aquí llegamos a algo curioso: los niños tienen la costumbre de distinguir si un objeto puede o no puede comer. Juegan a comer y a excretar la comida. Intentan dar de comer a sus muñecas y hacerles hacer sus necesidades. Examinan si la muñeca ha digerido, si ha hecho pipí y caca.

Efectivamente, las cosas son así, es decir, que los principales objetos de estudio a que se entrega el niño son las excreciones, que son para él más importantes que la comida y excitan aun más su atención. Constituyen un medio para distinguir entre animado e inanimado; el niño distingue si su objeto evacua o no evacua orina. Son menos las excreciones fecales que las de orina; éstas representan para el niño el índice de que un ser es animado o inanimado. Así es, ya hay que aceptarlo como un hecho dado. Luego tenemos la diferencia entre el humano y el animal. Una vez que el niño distingue entre animado e inanimado, entonces comienza también a discriminar entre animal y humano y a buscar las diferencias. Ya he señalado cómo los distingue cuando hablé de lo que para el niño simboliza el perro con respecto al padre y el caballo con respecto al padre y a la madre. El niño se interesa muchísimo en las excreciones de los animales. A menudo no las ve, porque los animales que viven en casa son muy limpios; pero verlas en la calle o en algún establo le causa una impresión perturbadora, proporcionada a la magnitud de un fenómeno, que le resulta formidable y algo espantoso. Se trata ahora de la distinción entre personas mayores y pequeñas, distinción que él establece según el tamaño. Y comprueba: unos son grandes (los adultos), y los otros son pequeños (los niños). ¿Por qué unos son niños y otros son adultos? En seguida descubre que los niños crecen, pero han tenido un comienzo, han venido al mundo. Y el problema de cómo vienen al mundo los niños es el más profundamente perturbador que se dispone a investigar el alma infantil a los tres años de edad. El niño ha aprendido a caminar y a hablar; distingue entre animado e inanimado y entre animales y humanos, y ahora se pregunta: ¿cómo puede ser que haya dos sexos, y cómo se fabrican los niños? Este problema se mantiene vigente durante uno, dos o tres años; un período durante el cual se producen graves conflictos y en el que se producen la mayoría de las enfermedades infantiles: los vómitos, la difteria, la escarlatina y muchas otras epidemias que hacen estragos sobre todo entre los pequeños varoncitos. Esto se relaciona con el hecho de que en esa época surge un grave conflicto en el alma infantil, un conflicto que comienza cuando los niños se vuelven aseados y tropiezan con la noción de moral, costumbre, honestidad y cuando deben evaluarse a través de la moral. Por la misma época surge la pregunta: ¿cómo vienen los niños al mundo? Rápidamente observan que su pregunta entra en conflicto con la decencia y la moral.

Tratan de elucidar el misterio y preguntan ante todo a los adultos, pero su pregunta encuentra casi siempre una respuesta evasiva o una total falta de respuesta. La verdad es que resulta difícil responderla. Y la mayoría de las veces los padres ni lo intentan sino que la eluden, cuando no se limitan a decirles lisa y llanamente una mentira. El chico ya ha adquirido, progresivamente, la noción de honestidad y de deshonestidad, de puro e impuro, de bien y mal, en relación con otro fenómeno que también actúa durante este período: el gran problema del amor a sí mismo. Todos los niños comienzan su vida con lo que uno de nuestros investigadores ha denominado “autoerotismo”, es decir, con un sentimiento de amor hacia su propia persona. El niño habla de sí mismo diciendo: “María quiere esto”, “Antonio quiere aquello”. Siente en sí mismo a una doble persona y se ve impedido a amarla reunida en un solo cuerpo. Únicamente con la aparición del yo cobra relevancia este conflicto. Mientras el ser vivo se ve presente a sí mismo como algo extraño, puede amarse sin perturbación alguna y proporcionarse todas las sensaciones de placer que están al alcance de un niño. Es un hecho comprobado que los niños así lo hacen. Se proporcionan esos placeres mamando, chupando, jugando con los dedos de las manos y de los pies y también regularmente, con los órganos sexuales. Entonces es cuando interviene la funesta influencia de los educadores, las prohibiciones sin justificación comprensible para la mentalidad infantil. La razón esgrimida espanta a los niños y a menudo se acompañará de amenazas terribles como por ejemplo: “Te vas a poner enfermo” “¡Puf, qué asco!” O bien: “Te voy a cortar la colita” Esto último si es varón; si es niña: “Te voy a coser la cosita” Súbitamente se le inculca al niño: “Eso es pecado”. Este “pecado” es incluso anterior a la mentira. El niño

ya ha aprendido, gracias a las prohibiciones que habitualmente aparecen sobre los dos años, que basta con mencionar lo sexual para que los educadores se sientan turbados, comiencen a hablar con un tono muy especial, adopten un gesto peculiar en la boca, los ojos y utilicen una voz especial. Esto sorprende al niño y, aunque aún no sabe qué hacer con ello, lo nota y lo registra; después se servirá de ello. Suponer que un niño no investiga es un error del que hay que liberarse. El niño es un investigador nato, un ser que examina las cosas concienzudamente y que posteriormente se ciega como consecuencia de experiencias muy sombrías. Como siente espanto y como se le inculcan sentimientos de repugnancia renuncia a la observación. El niño procura descubrir cómo ha venido al mundo. Para ello, primero se dirige a sus educadores con una pregunta. Si le es posible formula la pregunta con toda prudencia: el niño ya está intimidado e interroga de una manera taimada. Si preguntase sin rodeos, no habría madre, ni padre que le respondieran resueltamente acerca de la relación entre las cosas, y ya sería mucho que llegaran a decirle: “has salido del cuerpo de tu mamá”. Pero ya hace mucho que el niño lo sabe, puesto que lo ha vivido; y aunque no tenga ya conciencia de ello, en su subconsciente conserva el recuerdo. De modo pues, que la respuesta lo deja insatisfecho, porque además sabe, gracias a un sinfín de otras experiencias u observaciones que ha realizado que los niños salen del cuerpo materno. Si un niño crece solo, sin hermanos ni hermanas, la situación aun se complica más, porque las observaciones no son tan propicias como cuando se tienen hermanas y hermanos; pero si los tiene o él mismo es testigo del nacimiento del hermanito o la hermanita, o bien se le habla de ello. Los padres no necesitan decirlo. Lo que al niño le interesa no es saber si él estaba en el cuerpo materno, sino cómo ha salido y cómo entró en él. El problema de saber cómo ha salido queda resuelto muy simplemente por el niño: está firmemente convencido de que la criatura viene al mundo exactamente igual que las deposiciones. En sí mismo ha comprobado que come, que se le pone gordo el vientre, que se vacía y que vuelve a estar delgado. Y por consiguiente piensa que la madre come algo, se le pone un cuerpo gordo, se mete en cama, tiene un niño y vuelve a ponerse otra vez delgada; así pues, el niño sale por el ano. Pero desea una confirmación; quiere saber si sus padres le cuentan o no le cuentan mentiras. Y se pregunta: “¿son tan malos como para exigir que yo diga la verdad, mintiendo ellos en cambio de una manera tan desvergonzada?” He aquí las consecuencias de no dar solución a los problemas planteados por el niño a sus padres. El niño piensa: “estoy a la merced de unos tiranos que castigan duramente y que encuentran vergonzoso lo que ellos mismos hacen”. Esa primera duda sobre los padres es más grave que la duda religiosa. Es un problema al que los padres no saben responder, y la razón estriba en que el niño no conoce el orificio por el que él viene al mundo. Conoce el ano y el orificio de la uretra, pero no conoce la vagina, y apenas tiene una vaga sospecha de la existencia de la matriz, como consecuencia de su propio nacimiento. La entrada de la vagina se le escapa; está tan escondida, que hasta cuando la madre se inclina hacia adelante es difícil descubrir su orificio. Y sin embargo el niño lo busca. Ya siente una inclinación innata hacia la vagina. También la niña pequeña. Es un componente demasiado importante del individuo humano para que el deseo de conocerla no sea innato. El niño no lo encuentra, y resulta difícil exponérselo. Quien tenga la valentía de hacerlo no causará daño alguno. Pero es difícil, y no es justo reprochar a quien no responda a esa pregunta. A nadie se le ocurre que los niños puedan interesarse en ello, aunque la criatura juegue con las muñecas, se rodee de niños y transforme en bebé un pañuelo o cualquier otra cosa que caiga en sus manos. A pesar de todo, los adultos creen que al niño no le interesan esas cosas. Pero ocurre que sí le interesan y en el más alto grado. El problema del nacimiento queda falsamente resuelto casi siempre.

Y ahora se presenta la segunda pregunta: “¿cómo entra el niño en la madre?” Entonces llega la segunda observación: “yo no soy sólo hijo de mi madre; también soy hijo de mi padre”. Y la atención comienza a trasladarse a lo siguiente: “¿en qué medida soy también hijo de mi padre?” El niño resuelve este problema lo más correctamente posible, aun cuando no pueda adivinar por completo la verdad a causa de sus conocimientos insuficientes. Partiendo de la observación de las diferencias en los órganos sexuales, concluye: en vista de que el niño nace del vientre, como las deposiciones, también entra en el cuerpo materno como la comida, por la boca, lo cual viene a resolver el otro problema: la madre recibe del padre algo que ella traga y de ahí proviene el niño. Entonces observa y advierte que el padre tiene algo de que la madre carece: el miembro viril y la bolsa con los dos testículos. Las deducciones que hacen los niños son muy sutiles. El niño llega a este resultado: “antes de llegar al cuerpo de mamá yo era un huevo dentro

de la bolsa de mi padre”. Y habitualmente el niño clasifica con toda precisión: “los muchachos están en el testículo derecho, y las chicas en el izquierdo”. Estas cosas no son un juego, sino el resultado de extensas investigaciones científicas, que ya han sido resueltas por niños de tres años. La ciencia no lo sabe; tampoco, por supuesto, lo saben los chicos. Pero saben que la madre los ha llevado, que antes los ha llevado el padre, y así descubren simbólicamente el hecho de que el individuo humano es mitad hombre y mitad mujer. Ven que el padre también, es, en cierta medida, madre. Los niños piensan: “Lo que abulta en el vientre, sale por el ano y entra por boca; la madre recibe de comer lo que padre posee en la bolsa”. Tal es la representación infantil tal como ha sido descubierta con sumo esfuerzo en estos últimos decenios; el mérito de tal descubrimiento le corresponde a Freud. Las cosas son así.

El niño se forma esa representación a los tres años, y de ahí la enorme importancia del problema del embarazo, el hecho de que el individuo humano pase del estado de embarazo al de alumbramiento. En el curso del tercer año se forma la teoría del embarazo y el nacimiento. Son cosas que permanecen para toda la vida. La teoría infantil permanece en el subconsciente aun cuando se vayan produciendo nuevos conocimientos; simplemente, los conocimientos de los procesos reales pasan a la conciencia, e incluso permanece viva la solución inconsciente hallada a los tres años en quien ha estudiado el problema. El papel que el problema del embarazo representa en la vida puede ser seguido hasta sus orígenes.

Pero puede darse las circunstancias de que las influencias ya no actúen nocivamente. Sólo las teorías reprimidas y las representaciones descartadas por razones morales son delicadas.

Nuestro lenguaje refleja con toda exactitud la importancia de la teoría sexual elaborada a los tres años. Decimos que uno está embarazado con algo; damos a luz (“parimos”) una decisión. Es una reedición habitual de lo que elaboramos entonces. Si en nuestro lenguaje expresamos que estamos grávidos de un pensamiento, de un designio, entonces no hay por qué asombrarse de que el individuo humano esté siempre encinta, o que se encuentre en un estado de embarazo permanente, sólo interrumpido por partos. El hecho de que alguien que se siente encinta esté gordo no tiene nada de milagroso y no es difícil de comprender.

También los individuos delgados lo son como consecuencia de las ideas de embarazo, y además hay otras fantasías que actúan en este caso. El gordo pretende estar encinta; no así el delgado, que quiere parir. Es una cosa sensata y que se ha comprobado en el curso de tratamientos. Las conferencias no tienen todavía utilidad en sí mismas; se las puede comprender y dominar, pero aún no se ha ofrecido la posibilidad de aplicación a la propia persona; se opone la resistencia, el hecho de que una vez en la vida se han reprimido estas cosas con enorme fuerza y ya no se las quiere investigar. Únicamente un tercero puede hacerlo. Si analizamos: ¿por qué me resfrío o sufro un acceso de vértigo?, vemos que es muy complicado, porque el resfriado y el vértigo no son sino sustitutos de deseos reprimidos, de una sensación que fue tal vez reprimida hace muchos años. Y el conflicto acaba confrontando el deseo, sólo que un tercero o un acontecimiento externo pueden rescatarle otra vez de las profundidades. Si nos tomamos el trabajo, podemos analizarnos a nosotros mismos. Pero es difícil.

*Volver a Evidencias y Testimonios Georg Groddeck*  
*Volver a Newsletter 14-ex-40*